

SUD AMERICA.

POLÍTICA I COMERCIO.

VIAJES POR EUROPA, ÁFRICA I AMÉRICA.

TOMO II.

FLORENCIA, VENECIA, MILAN.

Me interné por fin, mi querido amigo, en esta bella Italia que V. conoce ya, i que habia costeadado yo por sus mares adyacentes. Despedíame de Roma despues que hubieron apagado la última antorcha de las que iluminan sus trescientos sesenta templos en la Pascua de Resurreccion. Cuando ya las ilusiones de aquel esplendente drama se han disipado, queda en el espíritu cierto resabio como el sabor áspero i repulsivo que dejan en la boca, despues de comidas ciertas frutas gustosas. Paréceme que el cristianismo pidiera limosna al mundo en estos dias para hacer vivir el cadáver de una ciudad que sirve de panteon a tantos siglos, a tantas glorias i a tantas miserias.

El camino de Florencia sale por la puerta del Pópolo al puente Molle, o Milvio o Emilius, que es solo un núcleo endurecido por los siglos que las aguas no han podido arrastrar del todo ni

triqui traca para darles tiempo a concluir alguna matanza de hombres, para mayor gloria de Dios. Un siglo despues de su muerte los ejecutores testamentarios de Viviani su discípulo, consiguieron a duras penas, que sus huesos fuesen depositados en lugar sagrado. *E pur si muove!* decian de grado o por fuerza entónces tambien, sus adversarios de donde resultaba que el sol se habia estado quietito siempre, presenciando sin reirse los disparates que hacemos en la tierra.

Improva tarea seria dar cuenta de las preciosidades de arte antiguo i moderno que encierra esta ciudad, que es ella misma un verdadero museo. 170 estatuas colocadas en parajes públicos, tantos museos como iglesias cuenta, a mas de los *palazzo Vecchio*, Pitti, i otros que están consagrados a este esclusivo objeto. Cinco bibliotecas con 290 volúmenes impresos, entre ellos los primeros ensayos de la prensa en el siglo XV, i catorce mil manuscritos entre los que figura un Virjilio del siglo III, esto es, de tiempo de los romanos.

(Continuará.)

SUCESOS DE SANTIAGO.

Tenemos que hablar del mas ruidoso e inesperado acontecimiento que haya tenido lugar en Chile despues de muchos años de paz. Una revolucion política o un matín militar, llámesele como quiera. Su amago malogrado es una verdadera calamidad para Chile; para este Chile que en Europa i Estados Unidos era considerado como el refujio de las instituciones, i el único ensayo feliz hecho en la América del Súd de una Constitucion i del gobierno representativo.

La revolucion fué vencida i esto solo puede amenguar las consecuencias desmoralizadoras que traería en el concepto del extranjero perturbacion semejante. Nos felicitamos sinceramente de ello por el honor del pais en el esterior, por nuestras convicciones i afecciones políticas harto conocidas, i nunca ménos disimuladas de nuestra parte que en los momentos de conflicto. Lo celebramos por la oposicion misma, o los fautores políticos de la asonada. ¿Qué habrian hecho al dia siguiente de su triunfo? ¿Deponer al Presidente de la República? Imponerle ministros, representantes de una política hostil a la que sigue? Perseguir, encarcelar, o espatriar a los millares de ciudadanos i de militares que tendrian el derecho de desconocer un órden de cosas salido de entre la metralla? Nombrar un nuevo Presidente, por los boletos que el soldado lleva en la cartuchera? Volver a Chile a 1830, o seguir las huellas recientes de Bolivia?

Eh! seamos justos! Ha sucumbido lo que debia sucumbir, lo que veinte años no habrian bastado a sincerar ni justificar. Chile habia pasado por esas pruebas, i no debe volver por un círculo vicioso, recorrer un período pasado de su historia. Ha triunfado lo que debia triunfar, la continuacion del órden i la sufocacion de la guerra civil. Pesele a quien le pesase, la puerta de

la violencia i de la justicia *por si mismos* queda cerrada en Chile por diez años por lo ménos, porque son casi siempre diez años lo que a los pueblos les dura el recuerdo de lo pasado. Despues de este término acontece la incorporacion de una nueva jeneracion de hombres en la masa activa de la nacion, i quienes para hacer su educacion política necesitan nuevas lecciones, o tradiciones de tal manera arraigadas que los traigan, por decirlo así, formados ya. Es curiosísimo observar como la presente conflagracion la han preparado en la prensa, en los clubs, en la Cámara misma, jóvenes que en 1830, en 1837 eran niños, i que han entrado en la vida política, rebeldes a toda disciplina i a todo miramiento, violentos en sus deseos, bruscos en sus medios, sin respeto por las instituciones ni los hombres que les exceden de diez años no mas en la carrera de la vida, sin atencion ninguna a los intereses creados. ¿No hemos visto ayer pararse a un jóven sobre la fosa del coronel Urriola, al dia siguiente del combate, i humeando aun la sangre vertida, i los cartuchos quemados, a insultar con palabras i epítetos provocativos, al gobierno triunfante? Lllamaranle heroismo a este acto? Pero si no es heroico, por cuanto no produce resultado, corre riesgo de ser inconsiderado, impolítico, en el sentido de lo que las conveniencias exigen de todo hombre. Puede este hecho acusar dos cosas: o que el que así procede nada teme, o que el gobierno a quien desafía i provoca, deja impunes manifestaciones semejantes; i en uno i otro caso, la gloria no es para el que así procede.

La batalla está, pues, dada, i al vencedor le toca dar el detalle. Esto es viejo. En hechos de armas no tiene razon el vencido. Seamos, pues, prudentes. Los momentos son difíciles. Una llaga está abierta en el corazon de la patria comun a vencedores i vencidos; traten todos de cerrarla cuanto antes.

A los escritores que sostienen las instituciones, que han recibido el 20 el bautismo de las balas i la confirmacion de la victoria, les diremos: Reparad que esos vencidos, criminales porque lo son ante las leyes, tienen familia, tienen madres, hermanas que no saben, que no pueden mirar lo que sucede sino con el corazon. Las pasadas revueltas de 1830 atras dejaron en Chile una gangrena. Los odios de las familias, odios que estuvieron destilando veneno muchos años, perpetuándose, reproduciéndose de padres a hijos.

A los diarios de oposicion diremos: Vosotros mas que nadie habeis provocado estos deplorables sucesos, aunque los desaprobeis al verlos castigados por la derrota. Pero teneis un alto deber que desempeñar ahora i es mantener la libertad de la prensa. Sin la presencia de los diarios de oposicion, un coro de alabanzas al Gobierno va a levantarse desde Valdivia hasta Atacama. Sin vosotros, todo lo que haga el vencedor será santo, justo, bueno, optimo. El dia que ese coro se oiga sin variantes, sin interrupcion, la tiranía estará a la puerta de Chile. Nada probaba mas vuestra exajeracion que la libertad de llamar tirano, a quien lo oia todos los dias sin inmutarse, sin indignarse. Era vuestro derecho i el mejor homenaje rendido a la libertad de que gozabais. Cuando Napoleon gobernaba la Francia se escudriñaba en los libros el *sentido oculto* de las palabras, se perseguian *las alusiones* a las cosas presentes; i M^{te}. de Staël fué desterrada por cuatro renglones de una novela, en que el tirano creyó reconocerse. Rosas está ahí, para mostrar el modelo del tirano; todos lo alaban; la prensa, las Cámaras, la sociedad en masa, todos lo aplauden. Rosas es impecable, inmaculado. No puede haber hecho nada malo. Todos lo quieren, lo adoran. Hé ahí el tirano, el mas horrible de los tiranos!

Pero para que los diarios de oposicion mantengan la antorcha de la libertad, espuesta a apagarse por el soplo de las pasiones revolucionarias, necesitan sus redactores armarse de prudencia i hacer justicia a sus adversarios. Es preciso que no abusen de la tolerancia que los deja existir, durante el estado de sitio; es necesario que no irriten al vencedor, que no sirvan de desahogo a la calumnia i a la venganza. Hemos visto en el *Comercio* correspondencias de Santiago, ecos de mentiras groseras, de imputaciones injuriosas, dictadas por la rabia impotente de majaderos, que abusan de todo, hasta de ser desvalidos, como el pordiosero que nos importuna en lugar de enternecernos, o que se roba una cuchara de la casa misma en que acaban de darle una limosna. Que a pretesto de correspondencia, pues, no continúe por Dios, ese sistema de atacar por la exajeracion, la mentira i la calumnia a los que quisieran ver segado el abismo que se ha abierto en el país. ¿Vamos a otra tentativa de revolucion? Oh! Que sean execrados los que tal deseen i preparen! Este es el voto de los que han sido escarmentados en la última, como el de los que no tienen por qué bajar la frente, despues de haber llenado el 20 gloriosamente su deber!

He aquí la relacion de los sucesos :

Ahorrémonos pormenores que son del resorte de la lei. Basta saber que los conspiradores habian seducido un capitan, un alfez, i un teniente del Valdivia. Que habian pasado la palabra a treinta o cuarenta alborotadores de la *Sociedad de la Igualdad*, individuos que hace diez años toman parte en toda tentativa de desórden. Ayer, uno de ellos huyendo i pidiendo socorro, decia en respuesta a los cargos de locura i de imprudencia: No me diga nada! Todo lo teniamos asegurado. La Artillería estaba con nosotros, el Valdivia, el Chacabuco, los cuatro batallones de la guardia cívica, el pueblo. Nos han faltado en el momento crítico. El Coronel Urriola, al momento de espirar, dijo "me han engañado" única satisfaccion dada a su patria por atentado tan grande. Un sujeto imparcial e indiferente que habia estado ayer en la Cañada hasta las diez de la mañana, dijo en la Moneda: El triunfo de ellos es infalible; tienen la Artillería, los batallones de línea i la guardia nacional reunidos. Así se lo habian asegurado al ménos allí, i era creído por todos los circunstantes, actores i espectadores. Corrióse por la mañana que Valparaiso se habia pronunciado ya, i que de San-Felipe venian tropas en auxilio de la Capital.

La verdad que de todo esto resulta es que la conjuracion tenia por base un tejido vergonzoso de mentiras, urdidas por los desalmados que dirijian el complot, para sorprender i engañar a esa poblacion con cuya adhesion finjian contar. El batallon Valdivia ignoraba los planes de que querian hacerlo instrumento. Cuatro sarjentos han protestado sucesivamente por actos de enerjía individual, desde que descubrieron la trama, de toda participacion en el plan. El batallon no habia sido seducido, sino cobardemente engañado.

Dirijióse el Coronel Urriola a la plaza i logró sorprender el principal que solo tenia tres hombres fuera, estando el resto de la guardia dentro de la cárcel, como es la costumbre.

Dados estos pasos procedióse a arengar el pueblo que acudia de todas partes al rumor del movimiento, i por una circunstancia casual en número extraordinario. Habia el Sábado Santo funcion del resucitado en San-Francisco, i los que han visto la concurrencia de la procesion del Santo Sepulcro

el Viérnes pueden calcular los millares de hombres que estaban en vela. El momento era decisivo; si el pueblo hubiese querido apoyar la revolucion, veinte mil combatientes habrian segundado al Valdivia; pero desde que se esparció el rumor de que aquello era un motin, i se llamó a tomar armas, la calle del Estado, la calle Ahumada i la de la Bandera se cubrieron de jentes huyendo de que se les creyese partícipes en el crimen.

Mandaron entónces ocupar el cuartel del batallon de milicias núm. 3. Era el plan apoderarse de las armas, batir la jenerala i tomar a los milicianos para decir despues que la guardia nacional estaba con ellos. Pero en el acto de poner en práctica la superchería, ocurrió un suceso que le quitaba toda influencia moral. El sarjento que estaba a la cabeza del piquete de línea, Arriagada no dudando ya que era un motin lo que se ejecutaba, volvió armas contra el oficial rebelde, alejándose del lugar de la escena. Por otro lado, e inspirado por el mismo sentimiento del deber, el sarjento Laines dió igual castigo al teniente Carrillo, dejándolo en el sitio de un balazo i marchando con su tropa a ponerse a las órdenes del Presidente. La guardia del 3 tuvo el noble arrojo de resistir a la tropa de línea, i estos sucesos trajeron el desaliento i la turbacion al ánimo de los perversos. Los presos se habian fugado; el pueblo se alejaba en masa, salvo un puñado de miserables, i los treinta o cuarenta igualitarios.

El batallon Valdivia no era por lo visto seguro. La farsa del entusiasmo popular quedaba a la vista de todos, i espuesta al ridículo. Aquellas cabezas se turbaron, i las murallas que rodean la Plaza-de-Armas les parecieron una estrecha prision, viendo su escaso número i el silencio que respondia a sus clamoreos, finjiendo un entusiasmo que nadie tenia. Entónces se tuvo consejo i resolvieron ir a la Cañada, en busca del pueblo que no venia a sus provocaciones. Esta resolucion desesperada era su perdicion. No teniendo artillería ni caballería, el espacio estenso que tomaban los ponía a merced de las armas que necesitan campo abierto para jugar. Abandonaban la ciudad entera a disposicion del gobierno, i se aislaban en un punto abierto, sin apoyos fortificables. Los demagogos encubrian esta fuga, diciendo que debian apoyarse en *los arrabales*, para reunir mayor masa de pueblo, i en verdad contando con que los curiosos serian al fin arrastrados a tomar parte en el motin. Los militares pretendian que debian tomar a todo trance la Artillería, con la cual se harian dueños de la Ciudad.

Al desembocar los amotinados por la calle del Estado, se les presentó una de esas coyunturas en que los valientes deciden de la suerte de una jornada. El teniente coronel don Antonio Videla atravezaba a la sazón por la Cañada abajo con dos piezas de artillería, escoltadas solo por 70 hombres de su cuerpo: única fuerza disponible con que su medio batallon contaba. Faltóles el arrojo, i Videla llegó con sus piezas a la Moneda.

Llegados a la Cañada, el pueblo que habia acudido a la iglesia se acercó en efecto; pero dejando entre sus masas i los amotinados amplio espacio, para que no se confundiesen. El cuartel de artillería está situado al pié del cerro de Santa-Lucía hácia la Cañada, en una casa de alquiler, malísima posicion militar, haciendo esquina entre la calle angosta de las Recojidas i la Cañada. Con un espacio inmenso abierto a su frente i a los costados, tiene una calle de atravesó a ocho varas de la puerta principal, lo que espone a un golpe de mano las piezas de artillería que saliesen a obrar a la puerta. Casi al frente de esta puerta principal está la calle de San-Isidro, desde donde puede ser barrida la puerta por los fuegos de fuerzas superiores.

Los amotinados contaban con trescientos cincuenta hombres del Valdi-

via, veinte i tres del Chacabuco, como treinta de Bomberos, algunos jóvenes aturcidos, i la chusma en número de cuatrocientos hombres. El coronel Urriola hizo intimar rendicion a la artillería, asegurando que tenia todas las fuerzas a su disposicion. El coronel Maturana le respondió simplemente que no se entendia sino con el gobierno. Cuando esta imponente fuerza se aproximó al cuartel de Artillería, no habia adentro mas que treinta hombres artilleros a las órdenes del valiente coronel Maturana. Un combate desesperado se habria empeñado en aquel momento, si el Chacabuco no se hubiese aparecido en dos puntos distintos del cerro de Santa-Lucía. Este incidente divirtiendo la atencion del enemigo, salvó al coronel Maturana i al puñado de valientes que mandaba de haber ostentado en vano su abnegacion i su coraje. Las fuerzas de los sitiadores marcharon a desalojar al teniente coronel Videla; pero este, tomando a escape por el cerro i derrumbandose hácia la Cañada, por ellado del fuerte del Sur, llegó a la puerta del cuartel de artillería, i logró entrar ántes que los amotinados volviesen a ocupar sus primeras posiciones en la Cañada. Con este refuerzo llegaron en momento tan decisivo, la defensa pudo contar con cien hombres; manteniéndose siempre a puerta cerrada, sin hacer fuego, convenidos los dos jefes en evitar hasta el último extremo toda efusion de sangre. Esta reserva enardecidó a los asaltadores, quienes despues de tomar posiciones adecuadas, destacaron sobre las puertas del cuartel i las ventanas una multitud de rotos que arrojaban piedras por los techos, i lograron abrir un agujero al costado de la puerta principal, i echar abajo la puerta falsa que dá a la calle de las Recojidas. Las balas penetraban por las ventanas, que caen a ámbas calles, i la posicion era adentro tan insegura como afuera. Llegadas las cosas a este extremo, se sacó a la calle de atraviezo una pieza de artillería, trabándose en seguida un horrible fuego de fusilería i de cañon, que tenia amedrentada la ciudad. En medio del combate aparece por la calle de las Agustinas el coronel García a la cabeza de la guardia nacional en número de cuatrocientos hombres, i entró en ella en columna cerrada. El coronel Urriola, sin desanimarse por este refuerzo que hacia iguales en número las fuerzas i superior esta a la suya por la artillería, mandó una fuerte division del Valdivia a cojerlos por la retaguardia, i cuando lo hubo logrado, tomaron a las guardias nacionales entre dos fuegos, en una calle de ocho varas de ancho. El estrago fué terrible. Cayeron heridos el Comandante del núm. 1 don Ignacio Ortuzar, el mayor Navarro, antiguo veterano, que se habia improvisado edecan del coronel García (murió anoche de sus heridas); el teniente Hurtado, que murió a poco. Los capitanes Castro, Aspillaga i Soto del núm. 2, i el teniente Torres del mismo cuerpo. La calle quedó cubierta de cadáveres i de heridos.

Un momento horroroso de confusion siguió a la sorpresa de este imperado ataque, mas impresivo sobre guardias nacionales, cualquiera que sea el arrojio i buena disposicion de que estuvieron poseidos. El Comandante de la pieza que estaba en aquella calle necesitaba que le dejasen el frente despejado, i la guardia nacional entró toda por la puerta falsa a los patios interiores del cuartel de artillería, que era el objeto que se habia tenido en mira.

El Coronel Urriola continuó haciendo un fuego mortífero sobre la guardia nacional, sobre ese pueblo en cuyo nombre habia pretendido alzarse contra las leyes. Pero la justicia Divina habia querido que este atentado fuese castigado por el instrumento mismo que contra las leyes habia levantado. Una bala le alcanzó, i cayó de su caballo diciendo con el acento de la indignacion: "Me han engañado!!" Habíase dicho que no habria resistencia; que

todo ello se reducía a un paseo militar, que todos los defensores de las leyes estaban vendidos, que la guardia nacional estaba con ellos. El infeliz cayó, a corta distancia de los cadáveres de esos mismos guardias nacionales que habia sacrificado!

El Valdivia abandonó sus posiciones i fué a reincorporarse a la masa principal, que estaba en la Cañada. El Coronel Arteaga, segundo jefe de la revolución, se hizo conducir en ancas de un sirviente a casa del Enviado Norte-americano, donde está aun aislado. Entónces principió uno de los combates mas encarnizados de que pudieran honrarse los ejércitos. Los amotinados lograron acercar una escala a la esquina, i con la pérdida de dos hombres, i en dos tentativas consecutivas, poner fuego a la aleta del cuartel, por medio de camisetas empapadas en aguarras. La magnitud del crimen cometido solo puede juzgarse, sabiendo que el cuartel de la artillería es depósito de inmensos pertrechos de guerra i una grande provision de pólvora. El cuartel incendiado, todo el barrio habria volado, haciendo millares de víctimas. Sabíanlo los amotinados, lo decian, i contaban con ello. El grueso del Valdivia se habia colocado en la esquina del costado de la Cañada a veinte varas de la puerta principal. Otro grupo atacaba por el frente establecido en la boca-calle de San-Isidro. En este momento decisivo i humeando ya la techumbre del cuartel, el coronel Maturana abrió la puerta e hizo salir dos piezas de artillería al mando del capitan Gonzales. La lluvia de balas hacia apenas posible maniobrar la pieza, por las heridas que recibian los artilleros i detenian la operacion comenzada. Entónces el viejo coronel envia al matadero a su propio hijo, el teniente Maturana, que acaba de salir de la escuela militar, i que ha probado ser digno vástago de tan valiente estirpe. El jóven fué igualmente herido, i entónces el padre vino a ocupar su lugar, quién combatió hasta que hubieron perecido los artilleros o sido heridos, i quedado él solo i las piezas, que quedaron abandonadas, i de que el enemigo se apoderó en el acto, arrastrándolas hácia el otro costado de la Cañada. Los amotinados cantaron por un momento victoria, teniendo por fin estas tan anheladas piezas de cañon en cuya posesion habian cifrado el triunfo. Cambiaron entónces de posicion reforzando el frente del cuartel, para dominar la puerta, i estrecharon de todos lados el círculo que formaban en torno. Pero esta no era mas que una peripecia del combate. Abrióse de nuevo la puerta del cuartel, i la Guardia Nacional hizo salir un torrente de balas, cuan ancha era la puerta, lo que mostró a los rebeldes que la toma las dos piezas de artillería no habia mejorado en nada su situacion. El combate continuó con nuevo furor, i la Guardia Nacional pudo tomar su desquite de la descarga que habia sufrido por su retaguardia. Los oficiales de línea han quedado prendados del ardor i arrojo de los tenientes Vial del Rio don Alejandro, hijo del Presidente finado de la Corte Suprema, i del teniente Necochea, hijo del coronel Necochea, intendente del Maule.

El combate habria continuado sin término, si un accidente no hubiese dado lugar a que se mostrasen los sentimientos de la tropa del Valdivia, sofocados por el ardor de la lucha, i el prurito del vencimiento. El subteniente del Chacabuco don José Antonio Gutierrez, tomado en la guardia del principal, habia sido conducido preso detras de la columna de los sublevados. Durante el combate logró irse acercando a la esquina de la calle de las Recojidas, i cuando pudo lograrlo, echó a correr hácia la puerta de atravesio i reunirse al Comandante de su cuerpo, que guardaba a la sazón aquella puerta, porque se habian convenido en alternarse con el Coronel Maturana, a fin de estar al corriente de todo lo que se pasaba en la difícil defensa de

punto tan reducido. Esta circunstancia trajo el que doce soldados del Chacabuco siguiesen el ejemplo de su jefe; i que de uno en uno, los soldados de Valdivia aprovecharan de este puerto de salvacion que se les ofrecia. Asi se reunieron 150 soldados del Valdivia. El fuego amainó en el frente, i desde la puerta principal invitaron a los otros grupos a abandonar un combate inútil, en que ya todos habian mostrado la bravura del carácter chileno. De este modo finalizó la defensa del cuartel de artillería, en cuyo recinto quedaron al fin encerrados los artilleros, el Chacabuco, el Valdivia i los cuatro batallones de la guardia cívica. El estupor habia sucedido a aquellas tres horas de combate terrible. La calle estaba sembrada de cadáveres; el interior lleno de heridos; i los paisanos asociados a la revuelta entraban al cuartel, no sabiendo fijamente lo que pasaba, i muchos de entre ellos felicitándose del triunfo que creian haber obtenido.

La gloria de la jornada ha pertenecido a cada uno de los cuerpos que entraron sucesivamente en aquel reducido espacio. La artillería i los setenta hombres del Chacabuco habian sobrepasado cuanto es posible esperar de la energía humana. La guardia nacional sosteniendo el fin del combate, aseguró el triunfo de las leyes, i de esta continuacion del orden que hace de Chile la excepcion honrosa de la América española. Lo que hai de notable, es que las medidas tomadas por el Presidente de la República han asegurado la salvacion del pais. El Chacabuco en Santa-Lucía salvó al cuartel de un ataque con fuerzas infinitamente superiores; i la llegada de la guardia nacional ocurrió en el momento oportuno.

La Moneda era la otra posicion que el Presidente habia tratado de poner a cubierto desde temprano, de un golpe de mano. El cuerpo de vijilantes organizado recientemente por el Intendente ocupó las avenidas del palacio i se estableció en las ventanas de los altos que dan frente a la plaza de la Moneda. Parte de la Guardia Nacional estaba colocada en las ventanas laterales de esta casa inespugnable. Los Granaderos a caballo constituian una reserva pronta para mantener las posiciones. La calle de las Agustinas era la línea de comunicacion entre ámbas posiciones, dejando la ciudad asegurada de los estragos posibles, en un momento de desenfreno. Algunos de los agitadores invitaban a la chusma a ir a la Moneda. Allá está la plata, le decian, i sin plata no hacemos nada. En efecto, hai un millon en oro de individuos particulares nacionales i extranjeros, i el tesoro del Estado. La vergüenza que habria cubierto a Chile, si la confianza pública hubiese sido burlada, no habria bastado a disimularla; aun la disculpa de ser la obra de un atentado, sin ejemplo en nuestros dias.

Pero estaban allí en su defensa, como en la de las leyes, i la seguridad pública, el Gobierno de Chile, la Guardia Nacional, los jefes del ejército, i los millares de ciudadanos que acudian por minutos a ofrecer sus servicios i animar con su presencia a los que se sacrificaban por su salvacion. Ordenes habian partido a las provincias, i a los demas cuerpos de línea; i a prolongarse por mas tiempo el conflicto la República entera se habria armado en defensa de las leyes, i del nombre que se ha conquistado Chile en el exterior, a fuerza de dignidad, de reposo i de fé en sus destinos. La guerra civil no prenderá, para nuestra vergüenza, en Chile, en despecho de tentativas desesperadas e indignas del nombre chileno.

Vano empeño seria recomendar a la consideracion de la nacion a los que en la difícil prueba por que hemos pasado, han cumplido con su deber de ciudadanos chilenos. Baste saber que la defeccion no ha deshonrado las filas de los defensores de las leyes, i ellas se han engrosado por minutos con

los que seducidos o engañados, volvian al sentimiento del deber. La confianza de la poblacion en el gobierno ha sido sin límites, espontánea i persistente hasta el fin. Las calles estaban obstruidas de jentes. Al palacio iban i venian cuantos querian acercarse, no siendo raros los casos en que individuos que habian participado del movimiento, se acercasen al Presidente i a los Ministros que vagaban desapercibidos por la plazuela i calles adyacentes como en el seno de una familia.

Debemos hacer notar una circunstancia, conocida de todos en la capital, pero que en las provincias debe ser mui significativa. El tránsito de las calles en la inmensa estension de la ciudad estaba libre; ninguna fuerza, ninguna órden, ninguna autoridad estorbaba el paso. La Chimba i los arrabales estaban desiertos de vijilantes, reconcentrados en la Moneda, i ocupados del servicio. Entraban a la Cañada, centro de la insurreccion, los ciudadanos i las masas populares, pasando por entre las tropas que a nadie impedian el paso. Cada uno, pues, ha podido, durante nueve horas, reunirse a quien hubiese querido, i tomar el partido que sus afecciones políticas le hubiesen aconsejado. El gobierno habria podido armar dos mil ciudadanos, i ofrecer a los ilusos el espectáculo de rejimientos de vecinos, con fraque o poncho indistintamente, i escusó causar a nadie esta importunidad. En despecho, pues, de esa libertad absoluta de accion dejada a cada uno, los amotinados desaparecieron abrumados por el desmentido que habia dado a sus pretensiones depopularidad, el desvío estudiado del público. Veinte mil hombres del pueblo han estado en la Cañada, i ninguno se les acercó a mas de algunas varas. ¿Es elocuente este hecho? ¿Son permitidas las ilusiones a este respecto? ¿Puede sin calamnia, imputarse a la poblacion de Santiago, el crimen de que querido hacérsele cómplice? ¿Quién es pues esa turbulenta poblacion que quiere el desquicio universal para lograr un triunfo de partido? Si los ciudadanos, ellos han permanecido en la puertas de sus casas, transitando las calles, o reunidos en la Moneda. Si los artesanos, ellos han acudido al llamado de la jenerala, en uniforme, i se han batido gloriosamente en defensa de las leyes. Si el pueblo trabajador, él ha estado en todas partes, siguiendo el movimiento, resistiendo a todas las seducciones, i manteniéndose exento de todo reproche. Si los jefes militares, sabe todo Santiago la conducta noble que han guardado, abandonando sus casas a la primera noticia, para acudir donde el peligro los llamaba. Oficiales retirados del servicio han solicitado i obtenido mandos importantes i riesgosos. Los cuerpos de línea por ventura? La narracion de los hechos que todo Santiago ha presenciado responderá a esta imputacion.

Si la desgracia puede traer resultados útiles, si no hai mal que por bien no venga, esta de que nos hemos visto amenazados traerá una leccion útil, un desengaño amargo para algunos, i una esperanza fundada para los buenos. A saber que nuestro porvenir está seguro de todo amago de conspiracion, i que las vías de hecho, fruto de pasiones destempladas, son impotentes en Chile para desquiciar la nacion.

Nos abstenemos de todo otro comentario; pero terminaremos esta reseña de los sucesos, con la reproduccion de las proclamas que el Presidente de la República dirijió a los ciudadanos i a la tropa, durante las diversas peripecias de tan ajitada jornada. Ellas muestran el mismo reposo, el mismo sentimiento de dignidad que se ha dejado traslucir por los hechos. La historia dará a estos documentos su debido lugar.

Los partes recibidos de las Provincias circunvecinas acreditan el espíritu de la nacion, i la vijilancia i actividad del Gobierno. Hoi a las ocho de la

mañana llegó medio batallón del Yungai, veinte horas después de terminado el combate, habiendo recibido contra orden la otra mitad en marcha para tomar nueva dirección. Este hecho explicará la orden dada a los Granaderos a Caballo de no entrar en combate, i la profunda sabiduría estratégica que habia aconsejado hacerse fuertes en dos puntos, la Moneda, i el cuartel de Artillería. Si la noche se hubiera interpuesto, prolongándose el combate, hoy a las ocho de la mañana, el Yungai, los Granaderos a Caballo, los Cazadores, i los batallones de milicia, i escuadrones de Caballería de los alrededores, habrían enseñado caramente a los fautores de asonadas, i corruptores de incautos, si la suerte de Chile está a merced del primer miserable que quiera disponer de ella.

EXÁMEN DE PERIÓDICOS EUROPEOS.

“Los gauchos, la plebe, i los compadritos elevaron a Rosas? Pues él los extinguirá; sus ejércitos los devorarán. Hoy no hai lechero, sirviente, panadero, peon gañan ni cuidador de ganado, que no sea alemán, inglés, basco, italiano, español; porque es tal el consumo de hombres que ha hecho en diez años; tanta carne humana necesita el *americanismo*, que al cabo la población americana se agota, i yendo a enrejimentarse en los cuadros que la metralla ralea desde que el sol sale hasta que anochece. La población argentina desaparece, i la extranjera ocupa su lugar en medio de los gritos de la Mashorca i de la *Gaceta*: “Mueran los extranjeros”, como la federación ha muerto gritando *Viva la Federación!* (1).”

Esto escribíamos en 1845, cuando el sistema de Rosas no habia dado todos sus frutos. En 1850 escribía él mismo en su mensaje. “Así en muchas estancias se alzaron los ganados, con grave perjuicio jeneral i de sus dueños, por la falta de caballos i de *peones suficientes* para conservarlos en su manse-dumbre (2).”

Tal es la escasez de peones en Buenos-Aires, que todos los trabajos rurales han sido abandonados, i el correo se ocupa de reclutar por centenares en las provincias trabajadores para la quinta de Palermo. Oigamos otro testimonio mas injenuo de esta transformación que experimenta la población de Buenos-Aires. El es una instructiva lección para los partidarios del *americanismo*, a la manera de Rosas, que concluye por la desaparición de la raza española por la guerra i por el estermínio. Sábese que en Francia el *Courrier du Havre*, i la *Presse* ganan un enorme salario para defender i justificar a Rosas. Léese en el primero de estos dos diarios, reproducida, por el segundo la siguiente comunicación.

“Havre, 25 de diciembre de 1850. Señor: V. ha apelado a mi imparcialidad para dar testimonio sobre la protección que acuerda el Gobierno de Buenos-Aires a aquellos de nuestros compatriotas que van a establecerse allí. Nada mejor puedo hacer a este respecto que referirme a lo que he dicho en mi informe del 22 de Febrero, cuya completa exactitud sostengo.

(1) *Civilización i barbarie*. paj. 308 edición de 1845.

(2) *Mensaje*, paj. 228.